



EL GRAN CONQUISTADOR

POR JOSÉ MARÍA PRADA

«¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?»



CUMPLIÉNDOSE en estos días el IV Centenario del arribo a tierras Japonesas del héroe santo, Maestro Francisco Javier (el 15 de agosto de 1549 entró en Cangoxima, capital del reino de Satsuma), su vigorosa figura, de contorno universal y de todos los tiempos, adquiere relieves de actualidad.

Parémonos, pues, ya que las fechas lo ponen ante nuestros ojos, parémonos a considerar su figura, mejor aún su obra, que le da los contornos gigantescos a que se hizo acreedor. Parémonos y meditemos, que la ocasión es buena y harto merecedora de ello la materia.

Hay, entre muchas, una lección suprema en la vida de este santo, tan hombre y tan santo, tan humano y tan tocado de la gracia divina a la vez. Es aquélla que, con tesón y constancia—sus cualidades, por así decirlo, más características— logra grabar en el alma de Francisco el otro gran hombre y gran santo de nuestro país vasco, el de Loyola: San Ignacio.

«¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el

mundo si pierde su alma?» Esta sentencia del Divino Maestro, reiterada una y otra vez por Iñigo de Loyola a Francisco de Jassu y de Xavier, rechazada por éste al principio, logra al fin entrar en su corazón ardiente, abre la luz ante sus ojos vivos y le señala el camino.

Y el joven e impetuoso hidalgo, lleno de ambición, ansioso de honras, dignidades y beneficios, precisamente en el momento en que su mano va a alcanzarlos, renuncia a ellos de una vez y para siempre. Tras once años de trabajo, de estudio, de preparación constante para acercarse al fin de sus sueños, aquel que en su principio sintiera desvío por el guipuzcoano Iñigo y sus pláticas, harto serias y elevadas para su ánimo exuberante de aspiraciones terrenas, descubre en ellas justamente la ambición máxima, la verdadera, aquella realmente digna de todos los anhelos de su alma, de todos los esfuerzos de su ánimo esforzado.

Y con la renuncia a las glorias mundanas y sus beneficios, la entrega íntima y absoluta al Ideal nuevo, al verdadero. La divina sentencia